hiciese una plática á los Padres y hermanos de aquel colegio, cosa que nunca la hace sino el Superior ó algun Padre grave y antiguo. Luis, si bien se corrió harto, pero al fin hubo de cumplir su obediencia, é hizo una plática de la caridad fraterna, sobre aquellas palabras de Cristo: *Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos;* con tanto espíritu y fervor, que todos quedaron muy movidos y consolados.

CAPÍTULO XXI.

Del buen suceso que tuvieron sus negocios.

Comenzó luégo á tratar de sus negocios con el Sermo. Duque de Mantua, si bien antes de tratarlos con los hombres, los tenia ya tratados y concluidos con Dios, que tiene las llaves de los corazones de los príncipes, y habia ya alcanzado de su divina Majestad el buen suceso de todo, lo cual se sabe por el dicho de testigos muy graves, y el efecto lo mostró claramente. Porque la primera vez que se vió con el Duque, en hora y media que estuvo con él, compuso todas las diferencias, y alcanzó cuanto le supo pedir y desear. Y aunque el Duque estaba enojadísimo por las malas relaciones que le habian dado del Marqués, y tocándole á Luis más de cerca el Marqués que el Duque, parece que hablando humanamente podia ser sospechoso, y habia ocasion de tenerle por parcial, y no faltaban muchas para negarle lo que pedia, por haberlo negado el Duque á los príncipes y señores que se habian puesto de por medio; pero halló tanta santidad en Luis y tan buena intencion en todo, que se dió por vencido, sin poderle negar cosa de cuantas le pidió; y fiado de su bondad y entereza, dijo que haria cuanto quisiese. No faltó quien procurase turbar ó á lo menos dilatar el buen efecto de esta paz, siendo cosa de tanto servicio de Dios; y entre otras una persona de mucha autoridad dijo al Duque, que ya que S. A. habia tomado aquella resolucion, no diese á entender que lo hacia sólo á instancia de Luis, sino que la dilatase, de suerte que cumpliese de camino con aquellos príncipes que le habian antes escrito sobre lo mismo. El Duque respondió que queria concluir luégo, porque él no lo hacia sino

sólo por dar gusto al P. Luis, y no lo hiciera jamás por otro respeto, y así lo concluyó, con espanto de todos.

Tomó Luis por escrito del Sr. Tulio Petrozzari[15] todos los puntos de las quejas que habia del marqués Rodolfo, y llevándolas á Castellon, hizo que el Marqués en todas ellas se justificase y respondiese punto por punto, satisfaciendo al Duque;

Iglesia de S. Ignacio en Roma,
en la cual se venera el sepulcro de S. Luis.
(Véase el libro II, nota 34.)

al cual volvió con la respuesta, y quedando el Duque satisfecho volvió á Castellon, y llevó consigo al Marqués á verse con el Duque, el cual le recibió con mucho amor, convidándole á comer consigo y festejándole todo aquel dia. Hizo S. A. mucha instancia en que se quedase tambien Luis á comer, pero él la hizo mayor para no quedarse, y así se volvió á su colegio: dijo el Duque, que por lo menos era fuerza que volviese á la tarde á la comedia: respondió Luis sonriéndose, que no gustaria de eso su compañero. En esta ocasion restituyó

tambien el Duque, y le cedió al Marqués el castillo y señorío de Solferino, que desde entonces acá han poseido y poseen los herederos y hermanos de san Luis.

Habiendo concluido el hermano Luis tan bien este negocio,[16] no sólo con edificacion sino con espanto de todos, que le tenian por desahuciado; puso la mano en otro de no menos importancia, que era un escándalo público ocasionado del marqués Rodolfo su hermano, el cual, habiéndose aficionado de una doncella bien nacida y de padres ricos, pero muy desigual á él, estando ella un dia fuera de casa la hizo meter en una carroza, y allí cerrada llevarla á una casa de recreacion que tenia en el campo. Verdad es que, aunque por una parte la aficion y la edad acompañadas del poder y dominio absoluto le hicieron olvidar de sus obligaciones, pero por otra parte el temor de Dios y la buena sangre y educacion le hicieron acordar de ellas y mirar por su conciencia; de manera que se resolvió á no tenerla con ofensa de Dios, sino casarse con ella, queriendo antes hacer aquel agravio á sí y á su casa, que vivir en desgracia de Dios, con tanto riesgo de su alma y del honor de aquella señora. Habida, pues, licencia del obispo para casarse en secreto, á los 25 de octubre de 1588, en presencia del arcipreste de Castellon y de los testigos necesarios, se desposó con ella, y de allí adelante la tuvo por su legítima mujer. Pero temiendo que de este matrimonio se habian de agraviar mucho todos sus deudos, y en particular el Sr. Alfonso su tio, hermano de su padre, á quien él habia de suceder en el Estado de Castel Giuffrè, quiso por entonces encubrirlo, no solo á su tio, pero aun á la Marquesa su madre, la cual, como no sabia nada de este casamiento, rogó á Luis, que pues su hermano le tenia tanto respeto y le estaba tan obligado, no sólo por haberle dejado el Estado, sino por haberle ahora compuesto con el Duque y desenredado sus cosas, se aprovechase de la autoridad que con él tenia, y le hiciese con efecto apartar de aquella conversacion tan escandalosa. Tomó Luis muy á su cargo este negocio, é hizo su oficio apretadamente con el Marqués, el cual procuraba escapársele, ya por aquí ya por allí, dándole palabras y trayéndole en dilaciones. Parecióle á Luis que, si esto no se remediaba en su presencia, no podia prometerse seguridad del remedio para despues de ido; y así apretó al Marqués de suerte, que le dió palabra y seguridad de satis-

facerle en todo; y porque estaba Luis ya de camino para Milan, ofreció el Marqués que iria allá á verse con él y tratar del remedio, tomando en todo su consejo.

Con esta palabra se fué Luis á Milan á los 25 de noviembre de 1589, en donde se entretuvo en sus ordinarios estudios y ejercicios de devocion. Por enero fué el Marqués á Milan en cumplimiento de su palabra; llegó al colegio un dia de fiesta por la mañana, á tiempo que Luis acababa de comulgar, y estaba dando gracias en el coro. Llegó el portero á él con gran priesa, diciéndole: Aquí está su hermano el Marqués con mucha gente, y no puede esperar. Oyóle Luis, y sin responderle palabra se estuvo casi dos horas de rodillas fijo en oracion: despues fué á la portería á verse con su hermano, el cual se descubrió, y le dijo llanamente todo lo que pasaba, y cómo él estaba casado con aquella señora tanto tiempo habia.

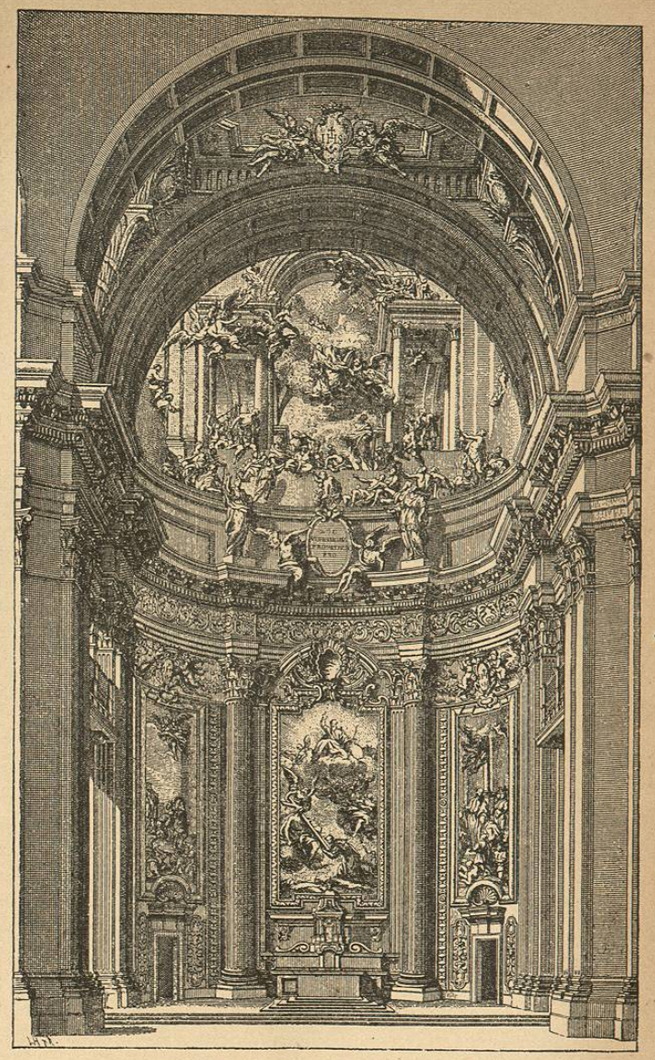
Holgóse mucho Luis de ver que su hermano no estaba en el mal estado que se pensaba, sino que tenia cuidado de su alma, y por este respeto habia hecho lo que habia hecho. Díjole que deseaba comunicar el caso con algunos Padres graves y doctos, para ver la obligacion que habia. El Marqués vino en ello; y así se escribió á Roma, y se consultó tambien en Milan, y muchos fueron de parecer que el Marqués tenia obligacion de manifestar aquel matrimonio y publicarle, para quitar el escándalo que habia por pensar todos que estaba amancebado. Habló Luis al Marqués sobre esto con tanta fuerza,[17] que le rindió, y él tomó á su cargo el quietar y aplacar á sus deudos.

Concluido esto, dijo al Marqués que se preparase é hiciese una confesion general en Milan de toda su vida, despues le hizo comulgar, y volviéndose el Marqués á Castellon, Luis tambien fué allá con otro compañero;[18] llegó allá á los 20 de febrero poco más ó menos, diciendo que la primera vez habia venido por cosas del mundo, y ahora venia por cosas de Dios y de la Iglesia. Hizo que el Marqués se descubriese á su madre y á otras personas á quien tocaba, y él mismo lo publicó al pueblo para quitar el escándalo, y exhortó á su hermano á tratar cristiana y honradamente á aquella señora como á su legítima mujer. Escribió tambien al Duque de Mantua y á los dos cardenales Gonzagas, que vivian, y á otros deudos, rogándoles

que no se sintiesen, sino que tuviesen por bien lo que el Marqués habia hecho, pues habia sido por descargo de su conciencia, y por satisfacer á la reputacion y honra de aquella señora. Todos respondieron como deseaba, y en particular hizo que el señor Alfonzo Gonzaga su tio lo diese todo por bien hecho, y lo aprobase: y así, muerto aquel señor, sucedió el Marqués en su Estado, el cual despues trocó el marqués D. Francisco con el Duque de Mantua por el Estado de Medole, que ahora posee con dominio absoluto y libre; el Emperador le incorporó con el marquesado de Castellon. Con esta ocasion de publicarse este matrimonio, hizo Luis que otros muchos, que de hecho estaban amancebados, se casasen, y otros que estaban enemistados se compusiesen.

Rogóle su madre que predicase un dia en la iglesia; aconsejóse él con su compañero, y al fin lo hizo un sábado en una iglesia que estaba cerca de la de San Nazario, que se llamaba la Compagnia della Disciplina: procuró que fuese con todo secreto, y no consintió que se tocase la campana; pero cuando fué, halló la iglesia que no cabia la gente; en ella hizo un gran sermon con mucho espíritu; exhortóles en él á comulgar el dia siguiente, que era domingo de carnestolendas; aceptaron el convite con tanto fervor, que hubieron de estar los clérigos y frailes confesando toda aquella noche. A la mañana comulgó la Marquesa su madre, y el Marqués con su mujer y otras setecientas personas; Luis ayudó á la misa y les dió el lavatorio, con gran consuelo suyo y edificacion de ellos; y á la tarde fueron todos á la doctrina cristiana.

Compuestas de esta forma las cosas de su casa y de su hermano, se volvió á Milan á los 22 de Marzo[19] de 1590, habiendo cumplido veinte y dos de edad á los 9 del mismo mes. Rogáronle que llevase unos guantes de camino, ó cosa equivalente, porque los frios de Lombardía son terribles, y se le hinchaban las manos, y se le abrian de suerte, que le salia la sangre por las grietas; pero él, que deseaba semejantes ocasiones de padecer, no se dejó vencer por más fuerza que le hicieron. De camino para Milan pasó por Piacenza; en llegando al colegio, fué un Padre á su aposento á visitarle y abrazarle (como se acostumbraba en la Compañía con los huéspedes). Hallólo que estaba con un trapo limpiando los zapatos, y con aquella vista se edificó y movió mucho, porque su aspecto



Iglesia de S. Ignacio en Roma. El coro.
(Véase el libro II, nota 34.)

estaba brotando devocion y santidad, y tambien por acordarse de la diferente figura en que algunos años antes le habia visto en Parma tan acompañado y servido de tantos criados. Finalmente llegó á Milan, y en viéndose en el colegio, dijo: ¡Oh qué gran consuelo siento en verme ya de asiento en casa de la Compañía! Lo que sentiria uno que en medio del invierno estuviese helado de frio, y le pusiesen en una regalada cama muy caliente; tal era el frio que yo sentia fuera de nuestras casas, y tal es el regalo que siento ahora en volver á ellas.

CAPÍTULO XXII. VII.

De la grande edificacion que dió en el colegio de Milan el poco tiempo que allí estuvo.

No cesa jamás el fuego de calentar, ni la luz de alumbrar, ni el bálsamo de dar buen olor: así Luis no cesó jamás de encender con sus palabras, de alumbrar con sus ejemplos, de dar suave olor de las virtudes que tenia en su alma: siempre y en todo lugar fué el mismo, y semejante á sí mismo. Y como el agua detenida mucho tiempo, despues rompe y corre con mayor ímpetu, así Luis, que por algunas semanas y meses habia estado en Castellon sin poder hacer sus mortificaciones acostumbradas, en viéndose en el colegio de Milan, parece que no se hartaba de pedir y de hacer mortificaciones. Apenas habia llegado, cuando salia al refitorio con un vestido hecho pedazos á decir sus culpas y hacer otras mortificaciones de mucha edificacion. Para él fué de particular consuelo hallar tanta observancia en aquel colegio, y ver que los hermanos no atendian con menor fervor á hacerse santos religiosos que grandes letrados, y ellos tambien se alegraron igualmente de ver que les hubiese traido Dios á casa un dechado como aquel, en quien pudiesen aprender toda perfeccion.

No podrémos hablar en este capítulo tan en particular como yo quisiera de lo que le sucedió en Milan, parte por ser ya muertos los que nos pudieran mejor informar, y entre ellos el padre Bartolomé Recalcati, que con opinion de santo murió rector de aquel colegio, y supo mucho de lo interior de

Luis; parte por no estar aun hecho el proceso é informacion que de esta materia quiere hacer el Ilmo. cardenal Federico Borromeo, arzobispo de aquella ciudad. Dirémos sólo algo de lo que en otros procesos han dicho algunas de las personas que allí se hallaron, y de lo que á peticion mia ha podido recoger el Padre rector de aquel colegio. Prosiguió sus estudios de teología el tiempo que estuvo en Milan,[20] oyendo sus lecciones mañana y tarde como los otros estudiantes, haciendo los demás ejercicios y cumpliendo con todas las obligaciones

P. Gabriel Vazquez, de la Compañía de Jesus,
que fué cuatro años profesor de teología de S. Luis.
De un cuadro de la antigua Casa Profesa de la misma Compañía, de Sevilla, existente hoy en el museo de pinturas de aquella ciudad.
(Véase el libro I, cap. 8, y el libro II, cap. 11, y nota 12.)

de estudiante, sin querer ni admitir un mínimo privilegio ni exencion. Tenia su compañero de aposento como los demás, con no poco fruto del compañero, que tenia bien que aprender en todas sus acciones. Diéronle para estudiar una *Summa* de santo Tomás con la encuadernacion dorada: no hubo remedio de hacérsela tomar: con lágrimas en los ojos importunó al superior hasta que se la hizo quitar, y dar otra vieja por consolarle: parecíale que se desdoraba algo la pobreza con el oro de la encuadernacion.

A la tarde y algunos otros ratos que podia ahorrar del estudio, pedia licencia al superior, é íbase á ayudar al cocinero y refitolero: llevaba agua á la cocina, fregaba de ordinario las

ollas, las cazuelas y lo demás que allí hallaba. Cuando componia el refitorio, por no perder á Dios de vista y por ratificar más la intencion en lo que hacia, ponia diferentes nombres á las mesas. A la mesa del superior llamaba la mesa de Cristo nuestro Señor, á la otra vecina la mesa de nuestra Señora, á las otras por su órden de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, de las Vírgenes; y así cuando habian de poner los manteles decia al refitolero: Vamos á poner los manteles de nuestro Señor, ó de nuestra Señora, y así los demás; y decíalo y hacíalo con tanta devocion, como si en efecto hubiera de sentarse en aquella mesa Cristo nuestro Señor, ó la Vírgen, ó los otros Santos á quienes hacia cuenta que servia.

Tenia particular gusto en acompañarse en la quiete, ó fuera de casa, con los hermanos coadjutores, y hacíalo, lo uno por su humildad, lo otro porque con ellos le parecia que más libremente podia hablar de nuestro Señor, que era lo que él deseaba, para ayudar á todos los que pudiese en espíritu. Cuando hablaba con otros, si estaban sentados, siempre se iba al peor lugar, al más humilde y más desacomodado, donde no se pudiese arrimar: si estaba en pié en corro, poníase detrás de alguno donde pudiese oir, pero no al lado con igualdad: si se paseaban, siempre daba el mejor lado al compañero, fuese quien fuese, y todo esto se veia claramente que no lo hacia por cumplimiento ni ceremonia, sino por verdadero sentimiento de humildad, sin afectacion alguna. Fué allá uno que habia sido antes su vasallo, y le queria hablar sobre ciertas cosas tocantes á su Estado: él con mucha apacibilidad y humildad le dijo, que ya ni era de este mundo, ni tenia más mano ni autoridad en nada, que los otros á quienes no les tocaba. Dijo esto con tanta santidad y humildad, que el hombre, no sólo quedó edificado, sino confuso y atónito. Era notablemente agradecido por cualquier cosa mínima que se hiciera por él: no parece que sabia acabar de dar las gracias, y esto sin afectacion ninguna. Preguntóle el hermano una vez, si era cosa muy difícil á los grandes señores olvidarse de las vanidades del siglo. Respondió él: No sólo es dificultoso esto sino imposible, si no es que tome Cristo la mano, y como hizo al otro ciego les ponga el lodo sobre los ojos, dándoles á conocer la vileza de las cosas visibles, que son más viles y más bajas que el lodo.

Acudió á él uno de casa un dia en aquel colegio pidiéndole con suspiros que le ayudase, porque se hallaba muy lleno de faltas é imperfecciones. Respondióle él por consolarle, con aquellas palabras del salmo, *Imperfectum meum viderunt oculi tui, et in libro tuo omnes scribentur:* diciéndole, que si bien nos pueden desconsolar mucho nuestras faltas é imperfecciones, pero que nos podemos consolar, viendo que los imperfectos tambien están escritos en el libro de Dios, el cual ve nuestras faltas, no para condenarnos sino para humillarnos, y sacar de ellas nuestro mayor bien; explicóle estas palabras con grande espíritu y ternura, con que dejó muy animado y consolado aquel sujeto. Todo su gusto era mortificarse en la honra dentro y fuera de casa.

Solian en las carnestolendas ir algunos hermanos estudiantes por las plazas á predicar: él hizo instancia al Padre rector para que le dejase ir por compañero de uno de ellos; diéronsela por consolarle, y era de ver cómo andaba por las calles recogiendo la gente, y á los que pasaban léjos iba á rogar que se llegasen y oyesen la plática de aquel hermano; y pedíaselo con tanta caridad, humildad y modestia, que al fin los traia. Los domingos y fiestas se iba á las plazas á enseñar la doctrina, lo cual hacia con particular gusto, con el cual no reparaba en los rigurosos frios que hacia, aunque él padecia más que otros en esa materia.

Supo una noche que el dia siguiente habia de ir un hermano á pedir limosna por la ciudad para hacer sus votos, por ser costumbre de la Compañía que antes de hacerlos se ejerciten en aquel acto de humildad. No quiso Luis perder tan buena ocasion, y luégo fué á pedir licencia para acompañarle: diéronsela, y contento como una pascua se fué en saliendo de exámen á darle la nueva á aquel hermano, y prendarle para el dia siguiente, en el cual sintió notable consuelo, repitiendo muy á menudo por las calles estas palabras: *Cristo nuestro Señor anduvo tambien de este modo pidiendo limosna.* Otra vez, yendo tambien á pedir limosna con un vestido roto, encontróle cierta señora, que, segun mostraba, iba muy cargada de vanidad y vacía de espíritu. Preguntóle, si era de los Padres de Santa María de Breda, donde estaba un Padre que ella conocia. Respondióle que sí. Replicó ella, hablando de aquel otro su conocido: ¡Desventurado de él! y ¿dónde se ha ido á morir?

Tomó de aquí ocasion Luis para desengañarla, y díjole con grande espíritu, que aquel padre no era desventurado sino dichoso y bienaventurado, y que no se habia ido á morir sino á vivir perfectamente; que la desventurada era ella, y la que estaba en peligro de muerte eterna, principalmente cuidando tanto de sus vanidades, como en la apariencia exterior mostraba. Con estas palabras se compungió la mujer, y prosiguió con notable mudanza en su vida de allí adelante.

Tenia Luis por oficio propio en aquel colegio andar quitando las telarañas de casa, y hacíalo con notable cuidado. Con esta ocasion, miraba si acaso habia en el patio ó en los claustros de abajo algun senador ó persona grave; en viéndole, luégo salia él con su varal y con su escoba á limpiar las paredes y los techos delante de ellos, para que le tuviesen por persona baja; hacíalo tan de ordinario, que cuando los Padres le veian salir con el instrumento, luégo decian: Alguna persona de respeto hay en casa. Vinieron un dia á comer al colegio algunos señores obispos y otros prelados; el superior ordenó á Luis que predicase en refitorio mientras comian, con el fin de que aquellos señores le conociesen. El, si bien quisiera huir la ocasion, por no ser amigo de hallarse en las que eran de lustre y de honor, al fin hubo de obedecer, é hizo un sermon muy grave y docto, tratando en él de las obligaciones de los Obispos. Dándole el parabien del sermon uno, y diciéndole cuán bien le habia salido, él respondió, que el mayor gusto que habia hallado en él era que públicamente conociesen la falta que tenia en la lengua, porque no podia pronunciar bien las *rr*. Pedia muchas veces que en refitorio le diesen reprensiones públicas, renovando la costumbre, que habia dejado ya en el colegio Romano porque en vez de reprenderle le alababan. Y porque del andar tan absorto en Dios le nacia á las veces el no advertir cuando le saludaban, pidió que le diesen una reprension sobre esto, y él se acusó de soberbio, y de allí adelante se enmendó puntualísimamente, procurando estar de tal modo unido con Dios, que no faltase á las obligaciones de la cortesía y trato humano.

En todas sus cosas era un continuo ejemplo á todos los de casa, de humildad, de modestia, de obediencia, de observancia regular: todos le miraban con estos ojos, y todos se holgaban de hablar con él con confianza, por la devocion que

le tenian: si bien él se llegaba de mejor gana á los más fervorosos, por estar más seguro de que le responderian á su gusto en materias de devocion.

CAPÍTULO XXIII.

Del testimonio que dieron de S. Luis dos padres que con él trataron en Milan.

Despues de su muerte el P. Bernardino de Médicis, florentino, persona no menos ilustre en religion que en sangre, y que trató intrínsecamente á Luis, me escribió en una carta estas palabras: «Decíame «nuestro buen hermano Luis, que él estimaba mucho y deseaba «la perseverancia en cosas pequeñas, teniéndola por cosa muy «importante para el aprovechamiento espiritual; y por esto «guardaba siempre el mismo tenor y órden en todo lo que «hacia. Decia que era cosa muy poco segura el guiarse por «via de afecto, y que el camino llano era guiarse por via de «conocimiento y de luz. Y así él procuraba obrar siempre «conforme á la luz que tenia, si bien decia que jamás llegaba «con las obras á igualar con la luz, porque cuanto más se «adelantaba con las obras, tanto más adelante iba la luz, des«cubriéndole mayor perfeccion. Tenia grandes ansias de padecer «trabajos, y así me decia que no habia para él mejor señal de «que uno era santo y siervo de Dios, que cuando le veia «padecer sin culpa, viéndole por una parte vivir bien, y por «otra que le daba Dios ocasiones de padecer. Sentia bien de «todos, y aunque no le parecian bien las faltas, pero excusá«balas y echábalas siempre que podia á la mejor parte. Avisá«balas con mucha caridad y prudencia, y con igual humildad «pedia que le avisasen las suyas. Todo lo que hacia era con «devocion, con caridad y con prudencia, sin muestra ninguna «ni señal de liviandad. En todo el tiempo que lo traté, no ví «en él jamás ni primeros movimientos de ninguna pasion, ni «falta moral, ni yerro voluntario, ni en cosas mínimas, ni faltar «jamás en una regla. En todas las virtudes era señalado, y «sobre todo en que con tantas virtudes no parecia singular en «nada; y esta tengo por una de las mayores.» Hasta aquí son palabras de aquella carta.